

A DON PEDRO J. BARRIENTOS D.

DON BERNARDO O'HIGGINS

Es un error muy difundido hasta ahora, creer que don Bernardo O'Higgins no fué un político de principios definidos, sino sólo un afortunado hombre de acción. El héroe máximo de Chile formó parte de las huestes peluconas y se honró siempre con la amistad de los próceres de este partido, don Joaquín Prieto, don Mariano Egaña, don Manuel Bulnes, don José María de la Cruz.

Y no disimulaba, tampoco, su antipatía a los pipiolos, a quienes en carta a Bolívar llamaba "Gabilanes", y a los cuales echaba la culpa de las desgracias de la patria, cuando en plena anarquía chilena, escribía a San Martín: "Se ha perdido ya la moral; se acabaron ya las costumbres y no se quieren leyes, porque las que se dictan hoy se pisan mañana, pues que éstas suponen orden y subordinación y esto no se quiere en Chile".

Los pipiolos le devolvían el golpe. En 1824, la Corte Suprema de Justicia que presidía el eminente patriota don José Gregorio Argomedo y cuyos miembros eran casi todos partidarios de O'Higgins, fué acusada ante

el Congreso por cierta sentencia expedida contra un súbdito inglés. La mayoría pipiola de la Cámara, guiada por el odio que alimentaba contra el ex dictador, no quiso oír las pruebas y procedió contra los dictados más elementales de la razón y del derecho.

Un diputado de la minoría o'higginista y pelucona pidió entonces que antes de resolverse en definitiva, se oyera, como era natural, a los jueces a quienes se trataba de castigar. Y cuenta don Alejandro Lira en su obra "Argomodo", que al oír esta proposición de elemental justicia, uno de los miembros del partido reinante, replicó con la mayor naturalidad: "Me opongo, porque si se les oyera, necesariamente se vindicarían".

A raíz de la victoria de Lircay, donde cayeron vencidas las fuerzas liberales después de sus grandes desastrosos en el gobierno del país, escribió O'Higgins desde el Perú a don Joaquín Prieto una hermosa carta, dándole sus parabienes "por el resultado próspero,—son sus palabras,— que ella evidentemente anuncia en favor de los derechos sacrosantos de la humanidad y de los pueblos de Chile".

Esa carta, famosa en nuestra historia e imperecedero monumento elevado por el prócer a las glorias del partido conservador chileno, empieza así: "La experiencia de todos los tiempos nos demuestra que la columna más fuerte del poder nacional es la gloria nacional, y que el más sagrado patriotismo y espíritu público más inflexible, se vivifican más velozmente por los triunfos del buen orden y las hazañas de sus héroes".

Y agrega a renglón seguido: "Los campos de Lircay son monumentos eternos de esta verdad. Ellos fueron los más inexpugnables baluartes de los libres contra la barbarie y la violencia; ellos gritan por la libertad civil de una patria oprimida y desgraciada; ellos llenan las esperanzas del hombre honrado, del filantropista y del patriota..... y ellos, finalmente, los que reconocidos eternamente a la Providencia, recordarán siempre los nombres de sus héroes".

En la misma carta deslizó el ilustre general, junto con una alabanza a Prieto, una sentida queja por las ingraticudes de la patria: "Mucho debe la nación chilena al general Prieto por sus victorias en la guerra de la Independencia y ahora por sus nobles esfuerzos en la honrosa y nueva vida que le ofrece; y quiera el cielo no se confirme en él lo que con asombro de las naciones se ha visto confirmado en el general O'Higgins, a saber, el proverbio del "pago de Chile".

Y el ilustre prócer, resumiendo sus ideas, termina la exposición de sus quejas con este noble epifonema: "¡Pero hay un pago que Ud. puede calcular con más certidumbre y es el más apreciable que este mundo puede ofrecer: la aprobación de la propia conciencia".

O'Higgins, como buen pelucón fué, pues, un hombre de orden. Antes de partir para el destierro tuvo ocasión de observar desde su retiro de Valparaíso, los desórdenes que ya empezaban a enseñorearse en el país. Y escribió a don José de San Martín: "La anarquía, la ambición y la confusión destruyen nuestros trabajos, y sólo va quedando la memoria de lo que pudo y puede el orden cuando no se desquicia".

El fundador de nuestra libertad amaba el orden, pero detestaba la tiranía. Escribía, a este respecto, en 1823 a Bolívar estas nobles palabras que debieran grabarse en el mármol de nuestras glorias: "En mi poca o ninguna política y en mi experiencia hallo que nuestros pueblos no serán felices, sino obligándolos a serlo; pero yo aborrezco tanto la coacción, que ni aún la felicidad gusto dar por medio de ella".

Se desprende por lo que acabamos de ver, que los pipiolos o liberales de la Independencia no pudieron contar nunca entre sus filas a don Bernardo O'Higgins. Por eso lo miraron siempre en menos. Y lo llamaban "El Guacho", como si no hubiera sido motivo suficiente para legitimarlo la carga a sable de Rancagua,

el avance arrollador de Chacabuco, la herida gloriosa de Cancha Rayada, y aquel gesto arrogante al hacer saltar los botones de su casaca, tirando lejos la banda: "¡Aquí está mi pecho...!".

Pues bien, como sabemos, a la caída de O'Higgins tomaron el poder los pipiolo, sus jurados adversarios; pero con tan mala fortuna que llevaron al país al caos y a la ruina. Y así, el presidente don Francisco Antonio Pinto,— la mejor espada política de sus filas,— usando un lenguaje bastante criollo pero muy poco parlamentario, pedía fondos al Congreso con estas palabras que, sólo por ser históricas y pintar una época, recogemos aquí: "El ejército después de haber hecho una campaña gloriosa se halla en cueros...!".
